Compartiendo mi vida.

María Rosa Novell

En el año 1958 murió mi padre, yo tenía 28 años, y fue un golpe que me ayudó a valorar la vida, a darme cuenta de que a mis años tenía tiempo de aprovecharla, quería hacer algo por los demás, sobre todo, por los enfermos, ya que tenía reciente el sufrimiento que trae la enfermedad, en concreto, el cáncer.

Por otro lado, tenía muy claro que quería siendo una persona "normal", no quería cambiar de vestido, no quería ponerme ninguna otra vestimenta o hábito. Pero no había oído hablar de los Institutos Seculares.

Hablé con el sacerdote del pueblo exponiéndole mi búsqueda y él sabía que existían laicos consagrados por haberlos encontrado en el Monasterio de Montserrat. Fuimos a verlos y con gran sorpresa nos encontramos con el Padre Cornelio que estaba visitando al grupo. Y aquí empezó la gran aventura. El punto de partida: la gran acogida del padre. E iniciamos los preparativos para ingresar. El padre quiso ir a mi pueblo, hablar con el cura y hacer el programa desde el terreno.

En septiembre del año 1958 fue la fecha de entrada, vinieron a buscarme a mi casa: el padre, Carmen Molina y Lolita, en esa época no había facilidades para viajar. El padre dijo que venía de un ambiente obrero, de fábrica textil y era un motivo para felicitarme.

Época de Pamplona: nuevo inicio, todo novedad, no conocía ninguna persona, ni su modo de vida. La adaptación a la casa y a su manera de vivir me costó, todo era muy distinto de lo que había vivido en los 28 años anteriores.

Por parte de Echechiquia, el personal, compañeras fueron de una gran acogida y ayuda, pero me costó bastante adaptarme a los horarios, oración, comidas, trabajos…

En cuanto a la vida de oración fue muy nuevo para mí, como si no hubiera rezado nunca. Todo novedad: la liturgia de las horas, las Eucaristías con sus homilías que me entusiasmaban sobre todo por el contenido, especialmente por el entusiasmo que reflejaban los ojos del padre; en estas ocasiones es cuando se me plasmó la figura de Jesucristo, hasta este momento mi estilo de oración era lo que decía la norma, me podía más la letra que el Espíritu.

Poco a poco fui entrando en este ambiente, me iba convenciendo de que este era mi lugar, por la normalidad de vida por actuar y vivir como un laico.

Con el paso de los años, viviendo en distintos lugares me fui afianzando y la vida del Espíritu dejaba aparte la letra y creo que he aprendido a discernir el grano de la paja.

En las distintas misiones he intentado darme, aceptar los trabajos, aceptar el estilo del lugar, pueblo o ciudad, ha sido una gran experiencia al encontrarme en un mundo tan plural, con personas tan acogedoras. Por mi parte, como persona secular consagrada he podido aportar una vida que mucha gente no conocía. Pronto caí en la cuenta de cuánto recibía de estos grupos, de estos ambientes y personas y aprendí de su sencillez, humildad

y generosidad; nos aceptaban y querían sin merecerlo, esta realidad todavía la vivo hoy. Lo mucho que recibo de los pobres y gente sencilla que nos quiere y lo poco que aporto.

Después de la jubilación, el voluntariado ha surgido en abundancia: pastoral de la salud, Cáritas, servicios a los sin techo…

Con el tiempo he ido dejando cosas, pero estoy todavía en ello, desde mi situación actual. Tengo correspondencias con chicos de la cárcel, son cartas muy desde la vida, creo que nos hacemos bien. Hago llamadas telefónicas a enfermos y cuando es posible alguna visita. Otro quehacer agradable es pasear por la plaza que es como un parque, me siento a leer o acompañar a personas que se acercan espontáneamente para hablar, nos hacemos amigos.

En medio de esta vida sencilla, intento mantener viva la espiritualidad: la oración personal hasta donde se puede, la Eucaristía hasta donde se puede, procuro que el Espíritu me siga animando. A veces no puedo hacer nada porque el cuerpo no me lo permite.

Creo que he tenido motivos para crecer en libertad y profundidad. La figura de Jesucristo que me descubrió el padre no se me ha borrado jamás, me ha ido acompañando siempre.

Me siento una persona libre dándome cuenta de mi pobreza que me hace pedir perdón por mi pecado y por otro agradecer el don del Espíritu que me ha ido acompañando y me hace conectar con este mundo maravilloso y agradecer lo mucho que hay de bueno, donde tenemos nuestra parte de pecado y grandeza por Dios está en todo.